



✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos (1,21-28):**

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos entraron en Cafarnaún, y cuando el sábado siguiente fue a la sinagoga a enseñar, se quedaron asombrados de su doctrina, porque no enseñaba como los escribas, sino con autoridad.

Estaba precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios». Jesús lo increpó: «Cállate y sal de él».

El espíritu inmundo lo retorció y, dando un grito muy fuerte, salió. Todos se preguntaron estupefactos: «¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen».

Su fama se extendió en seguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

LA ORACIÓN, UNA DULCE OBLIGACIÓN

(Sto Cura de Ars)

Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, **nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.**

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: **ORAR y AMAR.** Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable.

En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. **La oración es una degustación anticipada del cielo,** hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo.

En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Hay personas que se sumergen totalmente en la oración como los peces en el agua, porque están totalmente entregadas al buen Dios. Su corazón no está dividido. ¡Cuánto amo a estas almas generosas! San Francisco de Asís y santa Coleta veían a nuestro Señor y hablaban con del mismo modo que hablamos entre nosotros.

Nosotros, por el contrario, ¡cuántas veces venimos a la Iglesia sin saber lo que hemos de hacer o pedir! Y, sin embargo, cuando vamos a casa de cualquier persona, sabemos muy bien para qué vamos. Hay algunos que incluso parece como si le dijeran al buen Dios: "Sólo dos palabras, para deshacerme de ti..." Muchas veces pienso que cuando venimos a adorar al Señor, obtendríamos todo lo que le pedimos si se lo pidiéramos con una fe muy viva y un corazón muy puro.

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

El Evangelio de este domingo nos presenta a Jesús que, un sábado, predica en la sinagoga de Cafarnaún, la pequeña

ciudad sobre el lago de Galilea donde habitaban Pedro y su hermano Andrés. A su enseñanza, que despierta la admiración de la gente, sigue la liberación de «un hombre que tenía un espíritu inmundo», el cual reconoce en Jesús «al santo de Dios», es decir, al Mesías. En poco tiempo su fama se difunde por toda la región, que él recorre anunciando el reino de Dios y curando a los enfermos de todo tipo: palabra y acción. San Juan Crisóstomo pone de relieve cómo el Señor «alterna el discurso en beneficio de los oyentes, en un proceso que va de los prodigios a las palabras y pasando de nuevo de la enseñanza de su doctrina a los milagros».

La palabra que Jesús dirige a los hombres abre inmediatamente el acceso a la voluntad del Padre y a la verdad de sí mismos. En cambio, no sucedía lo mismo con los escribas, que debían esforzarse por interpretar las Sagradas Escrituras con innumerables reflexiones. Además, a la eficacia de la palabra Jesús unía la de los signos de liberación del mal. San Atanasio

observa que «mandar a los demonios y expulsarlos no es obra humana sino divina»; de hecho, el Señor «alejaba de los hombres todas las enfermedades y dolencias. ¿Quién, viendo su poder... hubiera podido aún dudar de que él era el Hijo, la Sabiduría y el Poder de Dios?».

La autoridad divina no es una fuerza de la naturaleza. Es el poder del amor de Dios que crea el universo y, encarnándose en el Hijo unigénito, abajándose a nuestra humanidad, sana al mundo corrompido por el pecado. Romano Guardini escribe: «*Toda la vida de Jesús es una traducción del poder en humildad... es la soberanía que se abaja a la forma de siervo.*».

A menudo, para el hombre la autoridad significa posesión, poder, dominio, éxito. **Para Dios, en cambio, la autoridad significa servicio, humildad, amor;** significa entrar en la lógica de Jesús que se inclina para lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 5), que busca el verdadero bien del hombre, que cura las heridas, que **es capaz de un amor tan grande como para dar la vida, porque es Amor.**

En una de sus cartas santa Catalina de Siena escribe: «*Es necesario que veamos y conozcamos, en verdad, con la luz de la fe, que Dios es el Amor supremo y eterno, y no puede desear otra cosa que no sea nuestro bien*» (Benedicto XVI 29.I.12).

PUNTOS PARA LA ORACIÓN

1. Fue a la sinagoga a enseñar

Es lo primero que Jesús hace, su principal preocupación y ocupación: enseñar, comunicar la Palabra de Dios con la fuerza del Espíritu Santo. Esto hace pensar que para Jesús la Palabra de Dios es de un valor trascendental, porque en ella se nos manifiesta la verdad de Dios, el camino de nuestra salvación. Por eso es Palabra que se debe escuchar, Palabra que se debe acoger, Palabra que se debe anunciar... Jesús se fatigaba yendo de pueblo en pueblo, de aldea en aldea predicando en las sinagogas o en las plazas a todas las gentes la Buena nueva de la salvación que Él mismo traía.

Jesús, ayúdame a mí mucho, primero para que oiga siempre tu palabra con amorosa atención; y también para que sea para los demás evangelio vivo que con mis palabras y obras anuncia a los demás tu evangelio.

2. ¿Qué significa hablar con autoridad?

«Enseñaba con autoridad». Jesús no da opiniones. Enseña la verdad eterna de Dios. Por eso habla con seguridad. Y, sobre todo, su palabra tiene poder para realizar lo que dice. Si escuchamos la palabra de Cristo con fe, esa palabra nos transforma, nos purifica, crea vida en nosotros, porque «es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo» (Heb 4,12).

Esta “autoridad” significa que en las palabras humanas de Jesús se percibía toda la fuerza de la Palabra de Dios, se percibía la autoridad misma de Dios, inspirador de las Sagradas Escrituras. Y una de las características de la Palabra de Dios es que realiza lo que dice. Porque la Palabra de Dios corresponde a su voluntad.

¡Qué diferencia con nosotros! Cuántas palabras decimos vacías, sin raíz, superfluas..., palabras que tantas veces no corresponden con la verdad y, sin embargo, inundan nuestras vidas: columnas de periódicos, redes sociales, medios de comunicación... palabrería que puede llegar a embotar nuestros corazones, pero no iluminan nuestros pasos ni pacifican nuestra conciencia porque no son “la Verdad”.

Por eso solo el evangelio, la verdad de Dios, tiene la fuerza de cambiar nuestras vidas. No debemos olvidar esto: la Buena Nueva nos transforma sólo cuando nos dejamos transformar por ella. Por eso debemos tener un contacto cotidiano con el Evangelio, leerlo cada día, meditarlo e incluso, llevarlo con nosotros en el bolsillo, en la cartera...

Debemos nutrirnos cada día en esta fuente inagotable de salvación. El Evangelio tiene la fuerza de cambiar la vida. Es la fuerza que nos cambia, que nos transforma: cambia la vida, cambia el corazón.

3. Se quedaron asombrados...

Las palabras de Jesús suscitan asombro, admiración profunda en los que le contemplan. Es la fascinación irresistible que ejerce la palabra de Jesús sobre sus oyentes. Es una palabra eficaz, que «dice y hace»; tiene un poder y una autoridad sorprendente que se manifiesta, por ejemplo expulsando a los demonios con la sola palabra.

El evangelista Marcos no nos describe lo que Jesús predicó aquel día, no recoge el contenido de su predicación. Se centra solo en esa reacción de admiración de los oyentes. Y es que comprenden que el que habla es profeta para más que profeta. Están tomando conciencia de que la promesa del Mesías, el tan esperado «profeta perfecto», finalmente se está cumpliendo.

Su autoridad se hace evidente, no sólo en lo que dice Jesús, sino también en el modo en que lo dice y, sobre todo, en la realización de la promesa de Dios.

También yo debo admirarme. “Jesús, quiero asombrarme ante tu doctrina y ante tu Persona. Solo Tú tienes palabras de vida eterna y yo quiero escuchar de tus divinos labios. Quiero Jesús mío, empaparame de tu doctrina, que es celestial y divina. Tus palabras, Señor, son para mi alma “más preciosas que el oro, más que el oro fino. Y más dulces que la miel de un panal que destila”... Por eso, Jesús, quiero pasar mi vida escuchándote, llenándome de tu paz y de tu consuelo: “Gustad y ved que suave es el Señor”.

4. Cállate y sal de él

Después, esa autoridad encuentra en el evangelio de este domingo un gran signo en la capacidad de Jesús de mandar a los espíritus inmundos y obtener su obediencia. La reacción del espíritu inmundo frente a la intervención de Jesús muestra que su enseñanza es una enseñanza de vida, que va dirigida a sanarnos, a protegernos del mal, a librarnos de toda acechanza del pecado.

Jesús, tras predicar, libera a este hombre, presente en la sinagoga, que estaba poseído por el demonio. La misma autoridad divina de Cristo suscita la reacción de Satanás, oculto en ese hombre. Y Cristo, reconociendo inmediatamente la voz del maligno, le «ordenó severamente: «Cállate y sal de él».

Jesús, ¡qué fuerza tan maravillosa tiene tu palabra, capaz de liberarnos del maligno! Es entonces cuando explota la admiración de los presentes: «Incluso manda a los espíritus inmundos y le obedecen». La Palabra de Dios tiene el imponente poder de asombrarnos.

«Cállate y sal de él». Es el milagro de la liberación del mal. San Marcos parece que tiene gran interés en presentar a Jesús curando endemoniados y expulsando demonios. Quiere resaltar el dominio de Jesús sobre el mal, sobre el pecado y sobre la muerte; pero sobre todo ponen de relieve que Jesús ha vencido a Satanás, que –directa o indirectamente– es la causa de todo mal.

Qué alegría, que paz y qué seguridad tiene que darnos esta certeza: ningún mal tiene poder sobre mi alma si estoy unido a Cristo. Frente al mal en todas sus manifestaciones, Dios es el Dios de la vida. En otro momento Jesús dirá, desde la certeza de su autoridad divina: «Si echo los demonios con el dedo de Dios es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros».

Gracias, Jesús mío, por haberme librado del mal, y por salvarme siempre que tenga la desgracia de cometer un pecado. Sólo Tú me libras, solo Tú me puedes dar la paz.

ORA CON SAN AGUSTÍN

Oh Salvador mío, ¡fuente inagotable de dulzura y de bondad! No piense yo más que en Ti. Cuando, al mismo tiempo que a Ti, se ama cualquiera otra cosa, ya no se te ama, ¡oh Dios mío!, con verdadero amor.

¡Oh amor lleno de dulzura; dulzura llena de amor, amor exento de penas y seguido de infinitud de placeres; amor tan puro y tan sincero que subsiste en todos los siglos; amor cuyo ardor no hay cosa que pueda apagar ni entibiar!

¡Jesús, mi adorable Salvador, cuyas bondades, cuyas dulzuras son incomparables, caridad tan perfecta como que sois nada menos que mi Dios! Véame yo abrasado en tus divinas llamas, de suerte que no sienta ya más que aquellos torrentes de dulzuras, de placeres, de delicias y de alegría, pero de una alegría enteramente justa, enteramente casta, pura, santa y seguida de aquella perfecta paz que solamente en Ti se encuentra.

Sea yo abrasado en las llamas de aquel amor, ¡oh Dios mío!, con todo el afecto de mi corazón y de mi alma. No quiero, Bien mío, no quiero en lo sucesivo más amor que el Tuyo. Amén.

¡Oh, mi Cristo amado, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para tu Corazón; quisiera cubrirte de gloria amarte... hasta morir de amor! Pero siento mi impotencia y te pido «ser revestida de Ti mismo»; identificar mi alma con todos los movimientos de la tuya, sumergirme en Ti, ser invadida por Ti, ser sustituida por Ti, a fin de que mi vida no sea sino un destello de tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

¡Oh, Verbo eterno, Palabra de mi Dios!, quiero pasar mi vida escuchándote, quiero hacerme dócil a tus enseñanzas, para aprenderlo todo de Ti. Y luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias, quiero fijar siempre la mirada en Ti y morar en tu inmensa luz. ¡Oh, Astro mío querido!, fascíname para que no pueda ya salir de tu esplendor.

(De la Elevación a la Santísima Trinidad de Santa Isabel)